

A winter landscape featuring a snow-covered field with a wooden barn in the distance and a cluster of bare trees on a slight rise. The sky is filled with heavy, grey clouds.

El silencio de las tierras altas Steinar Bragi

DESTINO

El silencio de las tierras altas

Steinar
Bragi

Traducción de
Enrique Bernárdez

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1356

Título original: *Hálendið*

© Steinar Bragi, 2011

Publicado de acuerdo con Salomonsson Agency

© por la traducción, Enrique Bernárdez Sanchís, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2016

ISBN: 978-84-233-5014-8

Depósito legal: B 26.442-2015

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Flora de Islandia

HRAFN

La naturaleza entera guardaba silencio. Las nubes que surgían del horizonte se oscurecían y se hacían más nítidas, y después se fundían con la noche.

Los cuatro estaban en silencio. Sólo se oía el débil murmullo de la radio. En el asiento trasero, Vigdís leía un libro mientras Anna se había despertado de una breve siesta y acababa de abrir una cerveza. Entre las dos estaba el perrito de Anna, un pastor islandés que había adoptado cuatro meses antes.

—Vamos a jugar —dijo Anna, rompiendo el silencio—. Yo pienso en una cosa, algo que esté dentro del coche, o fuera, en la carretera o el arenal...

—Vaya, bueno, ya me había olvidado de ese tipo de juegos —la interrumpió Egill, con voz infantil por la expectativa y por la tercera cerveza y el décimo trago que le había dado a la botella.

—Muy interesante —dijo Hrafn ignorando a Egill. Miró a Anna por el espejo retrovisor, su silueta oscura y el apagado brillo de sus ojos—. ¿A qué te referías con «una cosa»? Si pienso en la conciencia de tu marido, aquí presente, o en la sangre, ¿sería válido?

—Asqueroso —respondió ella, sarcástica. Egill miró por la ventana y Hrafn pensó de pronto que estaba echando un vistazo por el retrovisor lateral, que estaba mirando a Vigdís, sentada detrás de él—. No, nada de sangre. Está prohibido todo lo que no podamos ver a nuestro alrededor.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Vigdís, que cerró *Flora de Islandia*, en el que había estado concentrada hasta ese momento. Anna le explicó el juego y añadió que era el momento de empezar.

—*Do it!* —dijo Egill, y empezó el juego.

Egill no apartaba la vista de la carretera, cada vez más oscura. Las noches ya no eran claras, duraban varias horas, y el invierno había empezado a meterse en la mente, crecía en el horizonte como si fuera el rompiente de las olas y en el temor que se había ido acrecentando los días anteriores. Desde el mediodía se había sentido dominado por un fuerte deseo de regresar a la ciudad a todo correr.

—¿Los ojos del conductor? —preguntó Vigdís, y el todoterreno siguió avanzando entre los postes que marcaban los bordes del camino y lucían en la oscuridad.

Hrafn apretó el botón que bajaba el cristal de la ventanilla, sacó la cabeza y vio que el cielo estaba cubierto de nubes, extrañamente cerca de ellos; aunque, claro, a fin de cuentas estaban en las tierras *altas*.

—¿Crees que los puedes encontrar en las nubes? —dijo Anna detrás de él, riendo.

—Vais a tener que ayudarme con esto, chicos —dijo Vigdís—. No se me ocurre absolutamente nada.

—Postes de carretera —propuso Hrafn, volviendo a subir el cristal.

Anna dijo que no. *El invierno polar*, pensó. ¿Eso era una cosa? Al menos, sus huellas se veían por todas partes: peñascos rotos por el hielo, ni una mancha verde, ni un color, nada de *flora*. Tan sólo arena, guijarros, matices diversos de negro y gris.

Las nubes se hundían deprisa en las arenas, y los cuatro se encontraron circulando por una niebla que flotaba por encima de la arena negra y que blanqueaba en el centro pero a los lados era de color gris oscuro. La visibilidad no superaba los diez o veinte metros, y a Hrafn le empezaron a doler los ojos por el esfuerzo de escudriñar la niebla. No habría puesto la menor objeción a que alguien le relevara al volante, pero Egill estaba demasiado borracho para conducir, y de las chicas no se fiaba ni un pelo, ni siquiera en la ciudad, así que mucho menos en el arenal.

Detuvo el coche para salir a orinar y recuperarse un momento, miró la niebla que se espesaba a toda velocidad; el frío y la humedad iban invadiendo su rostro. Ninguno de ellos tenía la más mínima experiencia en conducir por la montaña ni sabía qué hacer si el coche se estropeaba. Vigdís lo había comentado cuando estaban organizando el recorrido, pero él y Egill la tranquilizaron con alguna bobada que ni siquiera ellos se creían; lo cierto es que instalaron un GPS, pero éste dejó de funcionar en cuanto se apartaron del volcán Askja, aunque tampoco estaba muy claro que alguno de ellos supiera manejar decentemente el aparato.

Se puso a pensar en cuánto tiempo aguantaría

una persona sola en aquel arenal. Unos cuantos días en verano, si disponía de agua y de algún lugar que le protegiera del viento, pero en invierno tan sólo unas cuantas horas, incluso minutos; el miedo a perderse hacía que la sangre se agolpara en la cabeza y que el cuerpo se enfriase; la gente se volvía loca, la experiencia era demasiado brutal y los nervios quedaban destrozados por el pánico.

Volvió a sentarse en el coche y continuó la marcha. Los postes de la carretera despedían un mezcquino resplandor en medio de la niebla, como los ojos de los peces abisales. A su lado vio a Egill encender un cigarrillo y llevarse otra vez la botella a la boca, y le oyó reír. Aún seguían con el juego, y de pronto se dio cuenta de lo *absurdo* que era todo aquello, los cuatro deslizándose sobre los arenales al norte del Vatnajökull, en medio de la oscuridad y de la niebla, casi como si fuera lo más natural; echándose al cuerpo cervezas mexicanas, vestidos con ropa ligera porque tenían puesta la calefacción, con música en los oídos; recorriendo la región sin tener que mover un músculo, ni oír los crujidos y los chirridos de los neumáticos al triturar las piedras; no preocuparse por nada, porque no había que preocuparse por el *viaje*, sino por cosas muy distintas: la relación entre los cuatro, algo que alguien les había dicho o hecho con anterioridad, fuera ayer o veinte años atrás, el estado de sus cuentas bancarias, mientras miraban la naturaleza pasar veloz a los costados del coche.

Volvió en sí, intentó concentrarse en la pista, pero al mismo tiempo se dio cuenta de que algo había cambiado. Tras conducir unos minutos, torció en

otra dirección, luego en otra distinta, redujo la velocidad y finalmente se detuvo por completo.

—¿Qué pasa? —preguntó Egill.

—¿Veis postes por algún lado? —Hrafn intentó recordar el tiempo que hacía desde la última vez que había visto alguno, pero no pudo. El espacio entre ellos se había ido incrementando poco a poco y ahora la niebla se había extendido de pronto.

—Maldita sea —dijo Egill, y se incorporó en el asiento y forzó la vista por la ventanilla. Anna se asomó entre los dos asientos y preguntó si se habían perdido.

—No me parece tan mal —añadió—. Perdidos en la niebla, como en los cuentos.

—¿Cuánto tiempo hace que vimos un poste por última vez? —preguntó Hrafn mirando a Vigdís por el retrovisor. Ella levantó una ceja.

—Ni idea —respondió—. Estaba concentrada en el juego.

Hrafn miró hacia delante, la luz de los faros, los blancos jirones de niebla, pisó el acelerador y se puso de nuevo en marcha.

—¿Cómo pudiste perder la carretera? —preguntó Egill.

—Tenemos que solucionarlo —dijo Anna, metiéndose entre los asientos de delante. Olía a alcohol fuerte.

No podía hacer mucho si se habían salido de la pista. Tenía la vaga sensación de haber girado demasiado a la izquierda, lo que significaba que la pista habría quedado a la derecha de donde se encontraban.

Giró el coche hacia la derecha e intentó mantener el rumbo. Vigdís le preguntó qué hacía y él se lo explicó.

—Pues confiemos en que la *pista* no gire también a la derecha —dijo; y Anna soltó una risita tonta.

Hrafn fue girando hasta que creyó que había recorrido demasiada distancia para que el camino pudiera estar a mano derecha. Además, era probable que su giro hubiera sido demasiado cerrado y que hubieran hecho un círculo, uno relativamente pequeño, además, o quizá más de uno. Los otros habían bebido demasiado como para darse cuenta de eso, o les daba igual.

Detuvo de nuevo el coche, apagó la radio para concentrarse mejor y sacó la brújula de la guantera.

—Pues vaya —masculló Egill—. Tranquilo.

Hrafn abrió la brújula, se la puso sobre las piernas y dirigió el coche hacia el este.

—¿A qué viene eso? —preguntó Anna.

—Para no ir en círculo —respondió él, pasando la mirada una y otra vez de la brújula al arenal que se extendía ante ellos.

—Pero ¿estamos yendo en la dirección correcta? —preguntó Vigdís.

—La pista que estábamos siguiendo iba de norte a sur —respondió él—. Estoy seguro de que no nos alejamos de ella hacia la izquierda. Lo que quiere decir que estamos al oeste de la pista, y ahora nos dirigimos hacia el este para volver a encontrarla. ¿Te parece mal?

Vigdís volvió a levantar las cejas y Hrafn pensó que parecía estar de mal humor.

—Suenan bien —dijo—. Siempre que no nos crucemos con la pista sin darnos cuenta, por en medio de los postes...

—Entonces, lo que tenemos que hacer es fijarnos bien, ¿no? Los que vais en el lado derecho del coche miráis en esa dirección, y los otros, a la izquierda.

La vieja claustrofobia volvía a dejarse notar. Bajó el cristal y vio que la niebla seguía espesándose, sintió que aumentaba el olor a alcohol...

—¿Cómo has podido perder esa carretera de mierda? —oyó refunfuñar a Egill; se sintió aburrido de tenerle al lado.

—¿Y tú? ¿No vas sentado a mi lado mirando también por ese parabrisas de los cojones?

—Pero no soy yo quien *conduce*, ¿te enteras?

—Chicos —dijo Vigdís tocándole el hombro a Hrafn—, más vale que nos relajemos un poco; respirar hondo y todo eso. La cosa se arreglará, y mucho antes de lo que pensamos.

Todos callaron. El perro iba ahora sentado, de vez en cuando lloriqueaba bajito, y por la ventanilla abierta se oía el silbido de la arena bajo los neumáticos. Hrafn dirigía su mirada a la oscuridad del camino, pero no veía nada. Después de ir diez minutos hacia el este, ya no sabía qué más se podía hacer. Recordó su primera reacción; se le ocurrió que no había ido lo bastante hacia el oeste y miró brevemente la brújula para asegurarse de que ahora iba en la dirección correcta. Si la mantenían, tenían que acabar por encontrar la pista.

—¿No habrá por aquí barrancos o grietas?

—dijo Anna—. Más vale que te pongas el cinturón, Egill.

—O arenas movedizas —dijo Vigdís.

—Pues vaya. ¿De éstas en las que se hunde uno, quieres decir?

—Sí, como en los pantanos. Aquí han encontrado caballos de la Edad Media bien conservados en el lodo. Y personas.

—Pues un todoterreno sería un gran hallazgo. Con cuatro pasajeros, un perro, móviles, mensajes de SMS y empastes dentales. ¡El siglo XXI empaquetado a disposición de las investigaciones futuras! —rieron.

No se veían los postes ni la pista. En vez de dar la vuelta y corregir otra vez el rumbo, Hrafn decidió continuar hacia el este; sin duda, sería mejor parar y esperar unas horas a que aclarase, o hasta que se despejara la niebla, pero eso sería una total estupidez si resultaba que la pista estaba sólo unos metros delante de ellos. Siguió conduciendo, no quería rendirse demasiado pronto, o quizá era que sólo había perdido la sensación del paso del tiempo, sumido en sus cavilaciones, o a lo mejor era que le daba igual; a lo mejor les daba igual a todos, no hacían más que mirar en silencio la niebla, que era gris a los lados pero se iluminaba en el centro, y Hrafn tenía la sensación de circular por un agujero blanco resplandeciente, un túnel que iba haciéndose cada vez más profundo.

En algún momento vio una luz que destacaba en la niebla mortecina y amarillenta. Giró hacia ella casi involuntariamente y aferró el volante con las manos.

La oscuridad se movía alrededor de ellos y Hrafn habló entre dientes, como consigo mismo.

Clavó los ojos en la luz pero ésta desapareció de repente; algo salió de la niebla a gran velocidad y se estampó contra el coche.